

# Ideales

Otro espacio para pensar



Instituto de Educación  
a Distancia **IDEAD**

## Las dimensiones del Yo en la narración autobiográfica

Omar Alejandro González Villamarín<sup>16</sup>

### Introducción

La tarea de definir el Yo pareciera un asunto procedente sólo a la psicología. Si lo hacemos pensando en que ese Yo es manifiesto en la obra literaria tendríamos la posibilidad de recurrir a lo que algunos teóricos se han propuesto dilucidar, especialmente en el entendido de que la obra literaria es una exploración de las formas de ver y asumir el mundo y la realidad. Ahora, si sumamos a ello el hecho de que algunas obras literarias toman como punto de partida la experiencia vivida por el propio autor, tendremos aún más elementos de análisis para acercarnos a la comprensión del fenómeno de contarse a sí mismo.

Pensadores como Sigmund Freud, Walter Benjamín, Paul Ricoeur, Jerome Bruner y Joan Carles-Mélich se han acercado a este tema desde planteamientos filosóficos. Recorro a ellos, a la vez que exploro la experiencia leída en obras de corte autobiográfico en las que se pueden rastrear los alcances y posibilidades. Lo anterior ofrece el relatarse a sí mismo como parte de un entramado mayor de sentido que no sólo implica la expresión literaria en tanto manifestación estética individual, sino especialmente como discurso que puede corresponderse con aspectos de la cultura y la historia.

### Sobreviviendo al fangoso territorio del Yo.

Dialogar sobre lo que el yo es en sí mismo, debe llevarnos a pensar de inmediato en los primeros estudios de Sigmund Freud. Es un punto de partida que da origen a las reflexiones sobre los aspectos conscientes, subconscientes, sociales, colectivos y de orden individual, que determinan aspectos de la personalidad, el comportamiento y la reacción a los estímulos externos de la cotidianidad. Sin embargo, en *El malestar en la cultura* (1920) insiste en que el Yo no es otra cosa que un primer anuncio de algo mucho más íntimo e interior que pocas veces sale a la luz; el *Ello*. Veamos lo que nos dice:

Sólo la investigación psicoanalítica -que, por otra parte, aún tiene mucho que decirnos sobre la relación entre el yo y el ello-nos ha enseñado que esa apariencia es engañosa; que, por el contrario, el yo se continúa hacia dentro, sin límites precisos, con una entidad psíquica inconsciente que denominamos ello y a la cual viene a servir como de fachada. (p. 30)

Precisamente, si seguimos esa línea, empezaremos a comprender que se asimila la

16. Coordinador Área de Literatura. Centro Cultural Universidad del Tolima. Maestría en pedagogía de la literatura primer semestre IDEAD - Universidad del Tolima. [oagonzalezvi@ut.edu.co](mailto:oagonzalezvi@ut.edu.co)

noción de fachada a esas primeras impresiones que del mundo nos hacemos. A medida que acumulamos experiencia esa fachada tiende a llevar a un mundo interior, a una casa oculta, que no siempre es expuesta o revelada porque allí habitan nuestras honduras de pensamiento. Lo curioso es que la disertación de Freud continúa a establecer que el *Yo* posee límites claros y definidos en su relación con el exterior, mientras que el *ello*, es una materia que sólo podría ser, medianamente hallada a través del método psicoanalítico.

Para Bruner, en su ensayo “La construcción narrativa de la identidad”, capítulo del libro *La fábrica de historias*, la discusión sobre el yo adquiere otros matices mucho más interesantes que la simple exploración íntima, pues él dimensiona las relaciones de otredad y alteridad que son parte sustancial en la construcción del pensamiento. De ahí que la construcción del yo sea un asunto de constante cambio y contraste. Siempre estaremos mirando y dando forma hacia dentro de acuerdo con lo que consideramos que los otros ven de uno o en uno. Leamos directamente al autor:

La construcción del yo a través de su narración no conoce fin ni pausa. Es un proceso dialéctico, un acto de equiparación. A pesar de los sermones que decimos para reconfirmarnos lo que creemos sobre las personas que nunca cambian, éstas cambian, vuelven a equilibrar su autonomía y sus compromisos... (Bruner, 1997) Ahora bien, el autor insiste en que la identidad está más ligada a lo que otros conciben de nosotros que de lo que pretendemos mostrar. Quizá por eso hacemos notoria nuestra necesidad de co-pertenencia y coparticipación de la realidad, como diría Heidegger, para establecer que el ser común es una muestra de nuestra propia identidad. El ejercicio de presentarnos (representarnos) a través de un texto y exponer a los demás lo que deseamos que conozcan de nosotros, va en ruptura de esa idea. Pretendemos

hacer que el otro crea de entrada en lo que le decimos y a eso le añadimos un aspecto creativo para hacerlo aún más atractivo, para mostrarnos mejor de lo que en verdad somos.

Exponerse ante la mirada y juicio del otro hace que el sujeto de la narración se convierta en personaje, es decir, que en el acto de representarse a sí mismo, el Yo, se convierte en un Él. Eso no implica, sin embargo, que se pierda la noción subjetiva de la cultura que asume y hace al sujeto y que le lleva a exponer un propio juicio de sí. Lo importante quizá sí sea que la naturaleza subjetiva del “Yo” se empaña y en su lugar la sombra de un personaje nuevo aflora para que el interlocutor intente descifrarlo, cuando menos interpretarlo a partir de un principio de confiabilidad que también resulta lodoso.

Pesemos, por ejemplo, en el libro *Primera Persona*, de Margarita García Robayo (2018), en el que las circunstancias cronológicas contadas, ligadas a un efecto de lenguaje que se presume tosco, desencantado y a la vez poético, nos llevan a dudar en sí mismo del carácter autobiográfico del texto, no sólo porque el orden de aparición de los relatos en la trama y la presentación de las acciones varía en relación con el orden cronológico en que “sucedieron” los hechos. Pongo entre cursivas el sucedieron, porque precisamente la misma autora nos deja en claro al final del libro, en el índice, la fecha de publicación de los relatos en diferentes magazines y revistas a lo largo casi de una década. Además de ello, la autora señala que no debe existir concepción plena de que lo allí contado sea tomado en su literalidad, tampoco que deba ser tomado como ficción, porque lo que importa es que hay en ellos la intención de asumir experiencias propias como muestra de un síntoma de época que involucra a tanto a hombres como a mujeres en un contexto determinado. De hecho, nos dice Castro que: “Lo que sostiene la propia autora, dándole un

nuevo giro a la inscripción genérica del libro, es que se trata de “ensayos, más que relatos. Es un libro de ensayos o de textos con cierto tinte autoficcional”. (2019, p. 3)

Quizá la misma sociedad contemporánea haya dado lugar a esa suerte de forma de contar a través de sí mismo porque ya no esconde de manera intencionada en sus narraciones lo que piensa o siente, amparado en la figura de que se trata de un personaje en tanto construcción ficcional, sino que por el contrario se asume la plena participación histórica en los hechos y acontecimientos importantes para a través de ello, dejar huella y sentencia de un panorama de época que también les marcó al igual que a muchas personas de su generación. Pienso por ejemplo en escritores como Roberto Bolaño, Pedro Lemebel, Héctor Abad Faciolince, Guadalupe Nettel, Gabriele Wiener o Enrique Vila Matas, quienes sufriendo circunstancias de orden colectivo que trastocaron sus respectivos países, decidieron hacer uso de su experiencia propia para crear tramas ficcionales con algunos de esos momentos históricos a la vez que se convierten en protagonistas de los mismos. La cuestión, incluso desde lo genérico de los textos, es un asunto fangoso que imprime sellos de indeterminación entre la autobiografía y la ficción literaria, o su interesante mezcla de forma discriminada para rebatir cánones formales y editoriales.

### **Los meandros de la memoria.**

En la medida en que intentamos dar un orden específico a nuestra narrativa sobre el yo, también aparecen las posibilidades interpretativas que hacemos de nosotros mismos, entonces la interpretación moviliza la narración del yo, que intenta explicarse constantemente y está sujeto a las variaciones de la mirada. Mirarse a sí mismo como mirando a un monstruo a través del espejo, encontrar una a una las infinitas piezas que constituyen el edificio del yo.

En ese encuentro con el yo, y siguiendo a Fernando Vázquez en su texto *Más allá de ver está el mirar*, se hace gala de la difusa memoria, por ello se arregla, maquilla, tacha y emborriona lo que no puede ser mimesis exacta. En el acto del recuerdo no puede haber perfección, por ello la imagen es una revelación fugaz en la que no hay mayor detalle, sólo lo esencial aparece y a partir de allí es que la superposición toma lugar para adecuar la imagen que conviene a nuestro propósito memorioso. Así, refiere Walter Benjamín en su texto *El narrador* (1936) que esta condición...

Más bien lo sumerge en la vida del comunicante, para poder luego recuperarlo. Por lo tanto, la huella del narrador queda adherida a la narración, como las del alfarero a la superficie de su vasija de barro. El narrador tiende a iniciar su historia con precisiones sobre las circunstancias en que ésta le fue referida, o bien la presenta llanamente como experiencia propia (1936, p. 7)

Este aspecto, que habría de servir al de *otredad* en Bruner, es parte de la posibilidad de que los actos de memoria que asisten a las narraciones autobiográficas sean en esencia reconfiguraciones planeadas para generar un efecto específico, más que fieles instantáneas de pasado. En los planteamientos de Calvino podemos acercarnos a la idea de que *Aquí y ahora* son extensiones del presente hacia el futuro. Es una dimensionalidad de continua configuración por lo que podemos relacionar el aspecto de la autobiografía como una mirada introspectiva por naturaleza. En ella, pasado y futuro son inexistentes, pues la naturaleza interior del alma se encuentra en un estado atemporal en que se abre y expande hacia el exterior, al tiempo en que lo hace hacia el otro, aspecto que se denomina *Disentio-Intentio*. La conjugación intemporal de estas dos en el ejercicio de la memoria podría ser entendida como la *Extentio*, es decir la inclinación del alma hacia la revelación divina.

Por su parte, Rousseau hizo referencia al recuerdo como espacio intemporal de la memoria en que imágenes y asociaciones generan en nosotros simultaneidad en una construcción del yo que no estaba plena ni delimitada. El recuerdo tiene más resonancia que la impresión original, por lo que la construcción del yo nace de la subjetividad. En esa línea de pensamiento, el pasado determina el ahora como un distante presente. Allí, dentro del territorio de ese yo evocado por la memoria “Me vuelvo cínico, atrevido, violento, intrépido. No hay escrúpulo que me detenga ni peligro que me espante.”

Esta mirada ofrece perspectivas en el ámbito del reconocimiento de lo que somos, puesto que el relato autobiográfico tiende a ser problemático, choca con la realidad. Es así que en la búsqueda de ese Yo del presente puede sorprendernos la honda influencia que hemos perdido del Yo del pasado. Precisamente, esta experiencia hace que el encuentro consigo mismo resulte algo traumático y no es sino en la experiencia de la literatura en donde reside la posibilidad de hacer que los escenarios del presente, exploren nuevos alcances y matices a través de la narración del Yo. Como principio de incertidumbre, el anhelo de un mejor futuro tiene más resonancia que el pasado.

Un ejemplo de ello podemos referenciarlo en la escritora Emma Reyes en su libro *Cartas por correspondencia* (2012) en el que se hace gala de un profundo tacto del recuerdo para configurar aspectos esenciales de su vida que influenciaron en su presente y que hacen al personaje sentir la necesidad de comunicar parte de ese pasado. Los recuerdos de las distintas casas que transitaron por ser pobres y no tener cómo pagar el arriendo, las circunstancias con las monjas en el colegio que despertaron desde temprana edad los juegos de amor en silencio, las traiciones y el enigma del desamor mismo. Luego de todo eso, la necesidad de contar la

manera en que se fue encontrando con una élite intelectual de Boyacá que después la llevó a recomponer la imagen de sí misma, como si a través de ellos hubiese recuperado algo que daba por perdido y que sería en adelante su gracia literaria.

### **Autobiografía y ficción: determinación de la identidad.**

Resulta con la lectura de Benjamín, el hecho de entender que la narración, por más subjetiva que sea, encarna un oyente social y que el acercamiento a esta noción de ser un “receptor” de los factores sociales, contribuye mucho en el cultivo de la identidad. Escuchar al otro/ Lo otro, requiere un olvido de sí; narrarse a sí mismo es un ejercicio que involucra lo que de esos factores sociales hay en uno y, por ende, corresponde a la experiencia de todos en tanto circunstancia social. En el texto *Narración y hospitalidad*, Jean Carles-Mélich (2000) señala lo siguiente al respecto:

Una identidad narrativa no es una identidad estable o sustancial, sino una identidad que se construye en la lectura del relato, en la respuesta, en la acogida del Otro, de la ausencia del testimonio. La identidad narrativa del ser humano es un movimiento constante. Por la lectura y la interpretación, como ha puesto de manifiesto Ouaknin siguiendo a Ricoeur, la identidad no cesa de hacerse, de des-hacerse, de re-hacerse. (2000, p. 7)

Ahora bien, siguiendo un poco los planteamientos de Mjaill Bajtin sobre este mismo horizonte, habría que entender entonces las distancias existentes entre el *Yo textual* y el *Yo autor* y entre un *Tú empírico* y un *Tú textual*. Con esta diferencia, Los procesos de resignificación biográfica, carecerán de verdad, pero no de veracidad o verosimilitud en tanto proceden de circunstancias colectivas y no meramente de experiencias aisladas.

En el acercamiento a los textos literarios *Primera persona* de Margarita Robayo, y *Cartas por correspondencia* de Emma Reyes, se alcanza particularmente la experiencia narrativa de la identidad. Las formas narrativas elegidas por cada una de las autoras desequilibran las maneras de narrar tradicionales. Voces femeninas, poderosas y altivas, que, aunque retratan acontecimientos rastreables en la esencia de una época definida (cada una en su lugar de enunciación) podrían configurar una mirada alternativa al panorama conocido, no sólo de la literatura, sino del revisionismo histórico. En estas autoras encontramos, más allá de los aspectos netamente literarios, una reflexión profunda sobre lo que llamamos la creación narrativa del Yo.

En ese ejercicio de mirarse desde el lente del pasado, nos revela en ambas, por ejemplo, la noción de que la figura materna no tiene lugar en el relato familiar. Existe una reflexión marcada por el desvanecimiento de esta figura de autoridad, que otrora configuraba las bases de la familia en ausencia del padre, y se la ve diluida en una sociedad que obliga a la individualidad y a la división del concepto de hogar.

También llama la atención el hecho de que en ambas lecturas los conceptos de éxito y fracaso son indeterminados, porque no se establece frontera entre ellos, sino que, por el contrario, se encuentran reunidos en la experiencia, que, forjada en un ambiente de abandono, desamparo, mutismo y furia, resulta amplificadas en el colectivo social bajo los efectos de la incomunicación y separación del mundo. Sin embargo, en ambas escritoras se da la impetuosa voluntad de asumir que el silencio como castigo, obligado en el pasado de la experiencia, debe desaparecer, y ahora la voz, elevada para restituir la condición de la identidad perdida, se convierte entonces en una alta cumbre que representa el sentir de colectividades, cada vez más urgidas de visibilidad y palabra.

Podríamos entender esto, siguiendo la línea de Paúl Ricoeur, cuando en *Tiempo y Narración* (1995) escribe: “El frágil vástago, fruto de la unión de la historia y de la ficción, es la asignación a un individuo o a una comunidad de una identidad específica que podemos llamar su identidad Narrativa”. En este sentido, la identidad en la autobiografía no debe ser vista como un mero reducto de la relación histórico social del individuo con su tiempo sino con otros a través de la escritura misma, que lo hace partícipe y agente de lo narrado. El mismo Mélich nos sugiere esa idea cuando escribe:

El término identidad es tomado aquí en el sentido de una categoría de la práctica. Decir la identidad de un individuo o de una comunidad es responder a la pregunta: ¿quién ha hecho esta acción?, ¿quién es su agente, su autor? Hemos respondido a esta pregunta nombrando a alguien, designándolo por su nombre propio. [...] Responder a la pregunta “¿quién?”, (2000, p. 7)

Entonces quien asume su escritura autobiográfica, atienda o no en ella elementos de ficción, está siendo agente de su representación de identidad colectiva para servirse de ellos y contar, narrar y comprometer al lector con su propia experiencia vital, reencontrarse también con él y establecer puente de memoria colectiva desde la otredad y la alteridad antes que de la individualidad.

## Referencias bibliográficas

- Amaro, Lorena. (2019) “Cualquier trazo en la tierra se borra cuando toca el agua”: la escritura nomádica de Margarita García Robayo. EN: *Letral*. Revista. N° 22-Julio de 2019. Universidad Pontificia de Chile.
- Benjamin, Walter. (1991) *El narrador*. Editorial Taurus, Madrid
- Bruner, Jerome. (1997) *La fábrica de historias*. Fondo cultura económica. México DF.,
- Freud, Sigmund. (1929) *El malestar en la cultura*. Emecce Editores. Barcelona.
- Mélich, Jean. (2000) “Narración y hospitalidad”. EN: *Análisis*. Revista. N° 25. 2000.Barcelona.
- Reyes, Emma. (2012) *Cartas por correspondencia*. Laguna libros. Bogotá.
- Robayo, Margarita. (2018) *Primera persona*. Tránsitos editores. España.
- Vásquez, Fernando, (1992) “Más allá del ver está el mirar (pistas para una semiótica de la mirada.) EN: *Signo y pensamiento*. Revista. N° 20. 1992. Universidad Javeriana de Colombia.

### Referencia

Omar Alejandro González Villamarín. *Las dimensiones del Yo en la narración autobiográfica*.

Revista Ideales, otro espacio para pensar. (2024). Vol. 17, 2024, pp. 64-69

**Fecha de recepción:** mayo 2024

**Fecha de aprobación:** agosto 2024



Universidad  
del Tolima



ACREDITADA  
DE ALTA CALIDAD

¡Construimos la universidad que soñamos!

**Instituto de Educación  
a Distancia *IDEAD***